

Hugo Bouter

El alcance del misterio de Dios

Los consejos de Dios y el conocimiento del amor de Cristo

«Por eso doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien procede toda la familia del cielo y de la tierra, para que os conceda, según las riquezas de su gloria, ser fortalecidos con fuerza por su Espíritu en el hombre interior, para que Cristo habite en vuestros corazones por la fe, a fin de que, arraigados y cimentados en el amor, seáis capaces de comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, para conocer el amor de Cristo, que sobrepasa todo conocimiento; para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Y a Aquel que es capaz de hacer muchísimo más de lo que pedimos o pensamos, según el poder que obra en nosotros, a Él sea la gloria en la Iglesia por Cristo Jesús, por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén».

Efesios 3:14-21

Pensaba en esta oración del apóstol Pablo en relación con el estribillo de una conocida canción:

*¡Oh, la altura y la profundidad de la misericordia!
¡Oh, la longitud y la anchura del amor!
Oh, la plenitud de la redención,
¡prenda de vida sin fin en lo alto!*

El amor de Cristo contrasta con el mundo y con todo lo que hay en él. El amor del Padre también es diametralmente opuesto al mundo (1Jn 2:15-17). Es correcto cantar «Toma el mundo, pero dame a Jesús».

En realidad, quiero que también hagáis vuestro el pensamiento breve acerca de estas magnitudes mencionadas en Efesios 3:18, sobre las que también cantamos. El pasaje nos habla de la longitud, la profundidad y la altura, y aquí la canción

menciona la amplitud que tienen los consejos de Dios. Podríamos concluir que el pasaje de Efesios 3 hace referencia a las riquezas del amor de Cristo, como este estribillo. Pero en realidad se trata de saber si estas magnitudes se refieren al rico amor de Cristo y su extensión. Lo que nos interesa de estos versículos es la riqueza de los consejos de Dios en Cristo, los planes que Él concibió antes de los siglos. El apóstol ruega que podamos captar estos consejos, expuestos en los tres primeros capítulos de la epístola, para comprender su alcance, tanto en cuanto sea posible para nuestras mentes limitadas. En primer lugar, ruega que seamos fortalecidos por el Espíritu Santo en el hombre interior para que Cristo habite en nuestros corazones por la fe. Mientras que también estamos arraigados y cimentados en el amor (v. 17).

Dos oraciones

El apóstol ora en el capítulo 1 para que entendamos los consejos divinos. En esta primera oración de Efesios, habla de la esperanza de la llamada de Dios y de las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, así como de la extraordinaria grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la acción de su fuerza poderosa, obrada en Cristo cuando lo resucitó de entre los muertos y tras sentarlo a su derecha en los lugares celestiales (vv. 18-20).

En realidad, son varios temas, pero uno de ellos es poder entender el plan que Dios ha concebido en Cristo al resucitarlo de entre los muertos y darle ese lugar glorioso y exaltado a Su derecha en el cielo. Todo esto forma parte del plan divino con respecto a Cristo y la iglesia, así que debemos prestar atención a lo que esto quiere decir. Él murió, fue sepultado, pero ha sido resucitado de entre los muertos, para recibir esa posición gloriosa y exaltada a la diestra divina y convertirse en el centro de todos los planes de Dios con el mundo venidero, Israel y la iglesia.

La segunda oración de Efesios 3 trata sobre el conocimiento y gozo del misterio que Dios ha concebido en Cristo. Y es maravilloso que no solo el Espíritu Santo habite en nosotros, sino que Cristo – el centro de los planes y pensamientos divinos, exaltado por Dios a Su derecha en el cielo –, haya hecho Su morada en nuestro corazón por la fe a través de la obra del Espíritu Santo en el hombre interior.

La cuestión, entonces, es que el Señor Jesús, que en realidad no es otro que el centro de todo cuanto existe, de todos los pensamientos de Dios y de sus planes y decretos, ha recibido tal lugar de honor a la derecha divina que habita y reside en nuestros corazones a través de la fe. Esto es lo que el Señor desea. Y si esto es así, que podamos también conocer y disfrutar de Su presencia en nuestras vidas con

un conocimiento y experiencia tales para entender los planes de Dios respecto a nuestro Señor y Salvador.

El que habita en nuestros corazones es también el centro de todas las cosas. Él es el Señor, que ahora llena nuestros corazones con su amor, pero pronto llenará el universo con su gloria y esplendor. Este es el consejo de Dios, y la iglesia – todos los verdaderos creyentes, lo redimidos de esta dispensación – es el cuerpo de Cristo, el cuerpo de esta exaltada Cabeza. Dios ha sometido todo a sus pies y le ha dado como Cabeza por encima de todo a la iglesia, que es su cuerpo, la plenitud de Aquel que lo llena todo en todo (Ef 1:22-23).

Ahora bien, si conocemos al Señor y le pertenecemos, si le amamos, Él llena nuestro corazón, en primer lugar, con su gran amor, del que también hemos cantado. No podemos medirlo, está más allá de nuestro conocimiento. Eso lo dicen los versículos de Efesios 3. También leemos aquí que como creyentes estamos «arraigados y cimentados en el amor» (v. 17). Esta es otra expresión fuera de lo común, pues contiene la idea de que el amor de Dios y el amor de Cristo son el suelo en el que estamos plantados. Estamos arraigados en él, y así podemos echar raíces en este amor: estamos cimentados en él. Es el terreno de cultivo que se nos ha dado, y cuando echamos raíces en el amor de Cristo podemos crecer también en Él y florecer espiritualmente.

La anchura

Acto seguido, llegamos a conocer mejor al Señor Jesús y a Dios Padre. También empezamos a comprender, junto con todos los santos – no solo individualmente, sino con todos nuestros compañeros creyentes – la extensión de ese plan de Dios, su gran alcance. Este plan no solo incluye al pueblo de Israel, el pueblo elegido por Dios bajo el antiguo pacto, puesto que tiene un significado mucho más amplio. Incluye a las naciones gentiles, a las que originalmente pertenecíamos. Y a todos los pueblos. La salvación de Dios ha llegado a todos en Cristo y se ofrece al mundo entero. Tan ancha extensión posee el plan de salvación divino.

La longitud

La duración de este plan es un tema relevante que nos da que pensar. ¿Cuándo concibió Dios estos planes? ¿Desde la fundación del mundo, como hizo con Israel? No, dice la epístola. Dios nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo, antes del principio de la creación. En Él nos eligió para que fuéramos santos y sin culpa

ante Él en el amor (Ef 1:4). Por cierto, aquí sale de nuevo Su amor. Este es el caldo de cultivo donde podemos encontrarnos como creyentes, donde podemos echar raíces, poder crecer mediante el conocimiento del amor de Dios y de Cristo.

Así, los consejos divinos se remontan a un momento anterior a cualquier siglo de tiempo. Sus planes para la Iglesia se remontan al momento antes de concebirse el mundo y llegan al futuro lejano, alcanzando la eternidad. Tan elongado y vasto es este plan divino (cf. Ap 20-22). En los siglos venideros, los pensamientos de Dios se cumplirán y Sus planes se realizarán por medio de Cristo y de la iglesia, que es Su cuerpo y está unida a Él. Cristo será el centro de todas las cosas y nosotros estaremos unidos a Él, incluso durante Su gobierno sobre la creación en el reino milenarío.

La altura

La altura de este plan de Dios, y la profundidad. ¿Cuán alto es este plan para que personas que no lo merecían – pecadores de nacimiento, seres humanos limitados a esta tierra preparada para los hijos de los hombres – sean privilegiados de un modo tal que se convierten en hijos de Dios y reciben un lugar exaltado en Su gloria? Esto va más allá de toda forma de pensamiento. Tan elevados son los pensamientos de Dios que Él quiso unir a los pecadores perdidos con su Hijo. Y tan alto como Cristo es exaltado, igual de alto seremos unidos a Él y glorificados con Él. Buscad, pues, las cosas de arriba, dice el apóstol en la epístola a los Colosenses. Poned la mente en las cosas de arriba, no en las de la tierra (Col 3:1-2). La altura, ese es el tema con el que comienza el estribillo de nuestra canción: «¡Oh, la altura y la profundidad de la misericordia! La altura y la profundidad de la misericordia, la longitud y la anchura del amor».

La profundidad

¿Qué profundidad tiene este plan divino? ¿Y a qué profundidad descendió el Señor Jesús? Esta mañana hemos tenido la oportunidad de pensar en lo profundo que se humilló. Sí, fue hasta el punto de morir ¡la muerte de la cruz! Hasta ahí bajó. Murió y fue enterrado. Fue colocado en una tumba, así de profundo se humilló. Descendió, según Efesios 4:9, a lo más bajo de la tierra, a la tumba donde fue depositado para descansar. Pero no se quedó allí.

También es el que resucitó, el que ascendió por encima de los cielos (Ef 4:10). Primero descendió, pero el mismo que se humilló y fue depositado en el sepulcro

también ascendió por encima del universo para llenarlo todo. Unos contrastes asombrosos. Junto a la profundidad del sufrimiento de nuestro Señor y Salvador, tenemos la altura asombrosa, el lugar exaltado que ahora ocupa por encima de los cielos para poder llenar todas las cosas, lo que constituye verdaderamente el lugar más alto del universo (Ef 4:8-10). El más alto honor le ha sido dado, siendo parte de este grandioso plan de Dios con el mundo, Su plan con los pecadores, con la iglesia, el cual conocemos por gracia. Efesios 3:19 agrega: «... Y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento.»

El amor de Cristo

El amor es, por así decir, el secreto de todo este consejo, de todas estas magnitudes divinas contempladas en su conjunto: la anchura, la longitud, la profundidad y la altura del plan de salvación de Dios. Este plan tiene un punto central: Cristo y su amor, el cual conocemos y disfrutamos. Es un amor que se eleva al conocimiento. Lo conocemos a Él, a nuestro Señor Jesús, Centro de un plan trazado divinamente, y si lo conocemos y Él mora en nuestros corazones por la fe, y estamos arraigados y cimentados en el amor como nuestro caldo de cultivo, permanecemos, por así decir, en el centro de todo ese plan divino porque estamos unidos a Cristo y conocemos y disfrutamos de Su amor, el cual sobrepasa el conocimiento, lo que concuerda, por supuesto, con la canción que hemos cantado: un amor que no se puede medir.

El amor que supera el conocimiento

Pero esta epístola trata principalmente de los planes y consejos divinos. Asimismo, las magnitudes en las que ahora se nos permite meditar están principalmente relacionadas con ello. Si nos ocupamos del amor de Cristo, que supera el conocimiento, creceremos y nos llenaremos de toda la plenitud de Dios.

Esta es también una expresión peculiar; por supuesto, no somos transformados en dioses por este plan de salvación, seguimos siendo seres humanos. Pero Dios pone en nuestros corazones lo que es de origen divino. Estamos llenos de la plenitud de Dios. Somos llevados a la conformidad con Dios porque este amor divino mora y obra en nosotros y porque ahora somos luz en el Señor y respondemos a la pureza, a la santidad de Dios mismo.

Podríamos compararlo con un recipiente, un objeto lanzado al agua, o arrojado al océano. El agua del océano está entonces dentro de ese recipiente, de ese objeto.

Está lleno de agua, pero por supuesto este pequeño recipiente no puede contener todo ese océano. Así sucede con el amor de Dios, con esta plenitud divina: puede habitar en nuestro corazón y podemos disfrutar de ella. El amor de Dios lo llena, pero el corazón sigue siendo un mar de amor que no podemos medir y que supera nuestros pensamientos, todo nuestro conocimiento. Esta es la voluntad de Dios para nosotros como creyentes. ¿No es maravilloso que Él quiera que disfrutemos del amor de Cristo y del amor de Dios Padre?

Cuando oramos, suele ser en relación con nuestras necesidades y deseos, lo que deseamos, y somos libres de presentar esos deseos al Señor. Pero aquí la oración se refiere principalmente al conocimiento del amor de Dios y de Cristo. «Y a Aquel que es capaz de hacer muchísimo más de lo que pedimos o pensamos, según el poder que obra en nosotros, a Él sea la gloria en la iglesia por Cristo Jesús, por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén» (vv. 20-21).

Es un canto de alabanza eterno para todas las generaciones y todas las épocas. Se le dará honor para siempre. Ahora se le da honor y gloria en la iglesia, entre todos los redimidos que forman parte de este gran plan de salvación de Dios. La iglesia está destinada a glorificarle. Y esto no cesará cuando hayamos dejado la tierra. Este himno es eterno, resonará en el cielo y en la tierra por todas las generaciones en toda la eternidad.

